

ESQUIZOFRENIA

Celso M. De la Torre



Capítulo 1

ESQUIZOFRENIA.

Hoy recuerdo aquella vez, cuando pensé que me estaban siguiendo. Había rodeado dos veces la manzana, pero esa presencia anónima que se escondía entre los viandantes, la sentía cada vez más cerca. El Dr. Julio Román Intriago me dio la maleta con \$ 550.000 dólares, y la tenía que entregar en la sala VIP del aeropuerto a uno de los amigos del Doctor que viajaban a Panamá. El dinero era depositado en el Banco EQK de la capital panameña, y luego lo transferían a una cuenta en las Islas Caimán. Yo trabajaba varios años para el Dr. Román, podría decir que todos mis recuerdos estaban asociados a él. A mi padre le sacó de los albañales donde vivía y le dio trabajo; al comienzo haciendo la limpieza en sus oficinas, después le fue dando confianza y le hizo mensajero personal, le pagó un curso de chófer, y aprovechando que mi padre de joven había hecho el servicio militar, le actualizó en el uso de armas y en protección personal. Era la sombra del Doctorcito, no se separaba nunca, siempre estaba listo y dispuesto a dar la vida en su nombre. La lealtad llegaba a tal punto que, inclusive el día que mi padre se casó, el Dr. estuvo ahí dando el visto bueno a la que sería mi madre; “padrino prueba primero” le dijo, y luego le regaló un terrenito en el sur de la ciudad, para que construya la casa donde vivimos hasta ahora. Se dé buena fe, que mi progenitor no le hizo feos al Dr. por esta humillación; después de haber habitado los peores tugurios, acompañado del hambre y la pobreza, el comportamiento de su patrón no le lastimó, o así quiso aparentarlo, y calló lo ocurrido hasta su muerte. El que debía recibir la maleta, llevaría un clavel blanco en la solapa de la chaqueta; aunque las cosas ya estaban amañadas, para pasar esa platita por el puesto de control aduanero, no estaba por demás ser precavidos, más que todo, porque el Doctorcito tenía muchos enemigos. Cualquiera de los que miraban de forma retobada, podría ser el que me estaba siguiendo. Mi padre me enseñó a distinguir la maldad a leguas; percibo esas miradas esquivas, que desean hacer pensar que no ven nada, pero que en realidad observan todo, a veces de frente, o por el reflejo de las vidrieras o a través de ellas, lo que haces o con quien te encuentras. Analizaba la postura de sus cuerpos, o el movimiento de los brazos y sus manos, atento a prevenir, o avisar cualquier atentado contra la vida o los bienes del Dr. Julio. Recuerdo que al salir de clases en la escuela elemental, el Roll-Royce del Doctor se parqueaba en la puerta para llevarme a casa. Mi padre se bajaba, me ayudaba con la mochila escolar, y me habría la puerta del acompañante del chófer, y a pesar de no alcanzar a ver la calzada, me sentía su copiloto. Mi padre era cariñoso y no le importaba las hablaturías del resto; en ese tiempo, su cordura y su porte le daban un aire de importancia del cual me sentía orgulloso. Casi siempre, cuando podía llegar a casa, traía un ramillete de flores para mi madre y le entregaba en silencio, nunca oí que le dijera “te amo”, y a pesar de eso, ella siempre le

recibía cariñosa y se alegraba de verle. El entorno del Dr. Julio no es del todo tranquilo o sano para nosotros, decía mi madre. Ignorando lo malo, muchos incondicionales trabajábamos con él, algunos en el bufete de Abogados, y otros en la empresa encargada de las importaciones y exportaciones. Esta empresa invertía en varias áreas, algunas lícitas, y otras que rayaban en lo delincriminal; lo sé porque era uno de los contadores administrativos. Gracias al dinero del Doctorcito y el trabajo de mi padre, pude sacar un título universitario en Economía y Administración de Empresas, y era director del área financiera en los negocios del doctor. Este sueldo permitía cubrir las necesidades de mi madre, de la casa y varios gastos personales; el salario de mi padre se lo depositaba en una cuenta de ahorros. El Dr. con sus empleados fue derecho, a nadie le robó un centavo, nos dio las prestaciones laborales y la afiliación al seguro médico, y de vez en cuando, préstamos para algo urgente o impensado. Cuando se tomaba los traguitos me contaba en confianza, algunas de sus correrías acompañado de mi padre; como esa, donde se habían salvado de una emboscada, hecha por un grupo de policías corruptos en el puerto, teniendo que salir "a balazos" para escapar; o la vez que mi padre le bajó casi muerto, de una de las vigas de su propia casa, donde le dejaron colgado del cuello sus compinches, por un asunto de contratos mal repartidos. El Dr. Julio era divorciado y pasaba la respectiva manutención a sus hijos. La ex esposa odiaba al Dr. y trataba por todos los medios de hacerle la vida imposible, a pesar de estar separado. En todo el tiempo que estuvimos a su servicio, aprendimos a leer su estado de ánimo y cuáles eran sus gustos en lo que a disciplina se refiere. Debo admitir que era un buen líder, y su inteligencia y creatividad, superaba a la de sus colegas. Ese carácter luchador y mañoso le dio muchas satisfacciones, como también le metieron en serios problemas. La forma y alcances para lucrar no solo se ceñían a lo empresarial. Con algunos de sus compañeros abogados se creían intocables, y se designaban los puestos de jueces y fiscales de forma dolosa, comprando las conciencias de los que no estaban podridos todavía. Extorsionaban a todo el que por mala suerte llegaba a pisar los tribunales, y mataban sin reparo cuando se sentían amenazados. Muchos traficantes, asesinos y acusados de peculado, debían su libertad, a los jueces nombrados por esta cofradía de profesionales corruptos que rodeaban al Doctorcito. Sus alcances eran ilimitados y llegaban hasta las altas esferas del gobierno. El moverse en ese ámbito de corrupción y mentira, fue uno de los detonantes de esa vorágine en que acabó inmerso mi padre.

Después de trabajar veinticinco años con el Dr. Julio, los dos últimos, mi padre comenzó a tener delirios de persecución, y eso para una persona con la responsabilidad que él tenía, era mortal. Comenzando con que no podía proteger a su jefe, ni protegerse el mismo de los fantasmas que asaltaban su psiquis, y peor aún usar el arma en esas condiciones. Pero algunas enfermedades son así: caóticamente llevaderas y tristemente definitivas. Recuerdo que muchas veces le encontré despierto en horas de la madrugada, sentado frente a una taza de café, con un cigarrillo

prendido en sus labios, y rodeado de introspección y soledad. Las veces que le pregunté la razón del insomnio, me contestó que no me preocupara, que no era nada, cosas del trabajo dijo. Pero pasaba el tiempo y su descomposición interior ya se notaba; ya no le importaba la apariencia y se veía desaliñado, se olvidaba de cosas elementales como afeitarse o cambiarse de traje. Mi madre cada vez insistía más, para que mantenga sus buenos hábitos, pero la hosquedad y grosería de mi padre le fueron alejando; ella tampoco comprendía que pasaba, y se podía adivinar su estado de ánimo cuando en la noche se encerraba en el baño a llorar. Yo trabajaba a tiempo completo con el Dr. Julio, que me retribuía de forma muy generosa los sobretiempos. Algunas veces tenía que viajar al puerto marítimo, a supervisar algún tipo de carga o mercadería que llegaba o partía; otras, me quedaba en la oficina cuadrando la contabilidad de la empresa o las empresas de papel que el Doctor deseaba maquillar, para fines tributarios. Yo viajaba cuando era necesario, donde y cuando mi jefe lo ordenaba, y debía estar disponible los siete días de la semana, durante las 24 horas. Esa fue la razón de que no me percatara a tiempo del derrumbe paulatino que mi padre iba sufriendo. A pesar de estar en el mismo sitio de trabajo, nuestras obligaciones nos llevaban en diferentes direcciones.

Pero lo inevitable estaría por llegar ese domingo trágico. Mi padre estaba en casa, recostado en el sofá de la pequeña sala, viendo las payasadas del Inspector Clouseau en la televisión; sonó el teléfono, y el doctor al otro lado de la línea, pedía la urgente comparecencia de mi padre, para llevar al aeropuerto una encomienda, que debía salir lo más pronto posible a Europa. Era muy ágil todavía para sus casi doscientas libras; se metió a la ducha y en diez minutos estaba listo. Pensaba no tardar mucho en llegar al departamento del Dr. Julio, pero en el trayecto al aeropuerto, sintió un corto circuito en la cabeza y "se le fueron las luces". Por un momento tuvo que cerrar los ojos y pensó que iba a chocar, entre nebulosas, pudo aparecerse al bordillo de la vereda con su Toyota Corolla, y descansar un rato mientras se le aclaraba el entorno. Ese fue el comienzo de un tobogán, donde la mente resbalaba, inequívocamente a los profundos e inescrutables abismos de lo incomprensible. Los primeros síntomas de su decadencia mental, apenas pudo identificarlos, acostumbrado como estaba a los entornos densos, llenos de cuchicheos, cuentos y murmuraciones de todo género, que no debían pasar inadvertidos a la percepción de mi padre, dada su posición de perro guardián del Dr. Julio. Mi padre tenía ese raro don de no dejarse impresionar, en un mundo donde todo era impostura y la verdad una intuición. Por eso tal vez no distinguió, que las supuestas conversaciones e insultos de los estibadores contra él, en las bodegas del puerto, en realidad solo estaban en su mente. El los miraba de lejos con desconfianza, y ellos le miraban a él, pero sin la más remota idea de maldad. Mi padre escuchaba violencia en sus murmullos, y complot de muerte en sus risas; se regresó a reclamar por las púas y las burlas, ellos le dieron palmaditas en la espalda en señal de camaradería, pero él lo sintió como un ataque más, y comenzó a darles

golpes con los puños de forma salvaje y constante. Arrió con todos los que pudo, y fueron necesarios cinco hombres forzudos, para someterle y tratar de apaciguarle. Por suerte el arma la había dejado en el vehículo. Luego de inyectarle un tranquilizante, el médico de la empresa le recomendó una consulta con el psiquiatra para el otro día. Le diagnosticaron un shock nervioso agudo y le recetaron clorpromazina, recomendándole además un mes de inactividad laboral. Después de la última consulta con el Dr. Trujillo, psiquiatra especialista, de forma muy profesional y comedida, habló conmigo sobre el estado real de la salud de mi padre. Dijo que, realizados los exámenes y el respectivo seguimiento clínico, estaba seguro que sufría de esquizofrenia paranoide; se le podría medicar para mantenerle controlado, pero el deterioro de su mente sería progresivo e irreversible.

Todas las actividades, y la forma como habíamos llevado la vida en familia, varió radicalmente, inclusive manteniendo viejos hábitos a los cuales estábamos atados. Los primeros días mi padre se desesperaba en casa, caminaba de un lado a otro lleno de angustia, pensando en su trabajo y la posibilidad de que alguien le pueda reemplazar. Mi madre con una paciencia envidiable, le atendía con la medicación que iba tranquilizando su estado anímico. Bien llevado con todos, le afectó saber que, su colapso nervioso dio como resultado una riña sangrienta innecesaria, y pidió disculpas a las víctimas de este fortuito acontecimiento. El Dr. Julio visitaba por lo menos una vez a la semana a mi padre; se sentaban en el corredor de madera, que daba al jardín de la parte trasera de la casa, y le hacía recordar cosas agradables, inclusive algunas situaciones descabelladas, donde ellos habían triunfado y festejado como logros. No obstante, las risas y el jolgorio, después de estas visitas, caía en un mutismo del cual costaba mucho sacarle. El tiempo cura todas las heridas, es un dicho que se usa mucho por estos lados, y en el caso de mi padre, jugó también a su favor. En menos de dos meses su recuperación era eminente, pero quedaba para mí, el hecho de que solo era algo momentáneo, y que cualquier rato podría recaer. El Dr. Julio le llamó a la oficina y dándole otra oportunidad, le pidió que se reintegre a sus actividades. Le encargó hacer lo mismo que antes hacía, pero ahora debía adiestrar al nuevo chófer e indicarle las obligaciones que debía asumir. El nuevo chófer tenía la cara de niño en un cuerpo de gigante, era inclusive algo más corpulento que mi padre, vino recomendado por uno de los socios del bufete de abogados, resultando un buen aprendiz respaldado por su carencia de escrúpulos. Cuando coincidíamos con mi padre en la casa, le miraba detenidamente sin que él se diera cuenta, deseando descubrir alguna alteración, un tic nervioso, tal vez angustia o hiperactividad, pero no pude o no quise ver absolutamente nada.

Las sorpresas en este negocio son parte del quehacer diario, un día nuestro enemigo está vivo y cenando en un restaurant de lujo, y al otro día, ya lo están velando con mariachis; la vida se vuelve tan efímera, que

la mayoría de estos mafiosos, prefieren que sus hijos estudien en el exterior. Mi padre al ser mano derecha del Dr. Julio, era temido, y se convirtió en un desalmado con fama de matarife. Muchos de los muertos o desaparecidos, eran gente que se oponía a los "tejes y manejes" del Dr. y sus secuaces. Cuanto dolor y angustia, cuántos hogares destruidos al desaparecer el cabeza de familia, cuántos sueños rotos de esos niños que anhelaban una vida mejor, cuántas viudas y madres buscando y llorando a hijas e hijos; jóvenes empujados por la corrupción y el abandono, a la prostitución, el tráfico, el robo y la muerte. Hoy sopeso la carga emocional que venía soportando mi padre, para terminar irremediablemente en este loquero. Creo sin duda que, al llegar a esta degradación personal, y tocar fondo viviendo de malsanos espejismos, recordó sus días de estibador en el aserradero que, a pesar de los sueldos miserables, vivía rodeado de más compañerismo y bondad, de la que jamás conoció al servicio del Dr. Julio Román. Cuando somos pobres o humildes, endiosamos y tememos a la gente que, con prepotencia y dinero imponen su razón, aceptamos las sobras que nos dan caritativamente, y hasta nos orgullecemos que nos presten atención, sin darnos cuenta del desprecio del que somos objeto. Mi padre aceptando las nuevas órdenes y obligaciones, se pasaba todo el día con el "nuevo guardaespaldas", indicándole como debía proceder, y cuáles eran los protocolos con los que tenía que actuar. Iban a la hacienda del Doctor, donde le enseñaba a disparar, y como utilizar el armamento del que disponían. Entretenido y de buen humor, se le vio durante esos cuatro meses posteriores a la crisis nerviosa; tomaba en casa la medicación y cuando salía a un viaje largo, llevaba lo necesario, para el mismo asistirse con la ingesta de los fármacos. Todo aparentemente avanzaba sobre ruedas, por eso lo que sucedió nos cogió desprevenidos, especialmente a los que hoy rendían cuentas al creador. Mi padre salió apurado rumbo a la oficina del Dr. Julio. Al llegar a la calle en se encontraba el edificio, donde funcionaban las oficinas del bufete, estaba movilizándose una turba con pancartas, y gritando a voz en cuello todo tipo de insultos y epítetos, dirigidos a uno de los socios del Dr. Julio. Dicho socio había conformado un megaproyecto habitacional, ofertando 1.500 soluciones de vivienda para clase media, que abarcaba las principales ciudades del país; mucha gente necesitada, había acudido con todos sus ahorros, a separar y abonar parte del monto total que les daría una casa donde vivir. Las casas se vendían en planos desde hace tres años con \$5.000 dólares de entrada; la mayoría de las personas que adquirirían estas propiedades, siguieron pagando montos previamente establecidos, en las oficinas dispuestas para este robo descarado. Al cumplirse la mayoría de los plazos acordados, las casas ofertadas no asomaban por ningún lado, los terrenos en los que supuestamente serian construidas pertenecían a otros dueños, que nadan sabían del dichoso proyecto, creando las dudas y la inconformidad de la gente que, ahora se encontraba gritando y reclamando por los dineros desaparecidos. El reclamo subía de tono, y los guardias y policías que protegían la entrada se sentían cada vez más impotentes; la gente rompió el cerco, y comenzaron a subir al cuarto piso donde se encontraban las oficinas. Mi

padre y el guardaespaldas del estafador se apostaron delante de la puerta de la oficina. Los delegados de los perjudicados subieron agresivos a las oficinas de la constructora, ubicadas al frente de las oficinas del bufete. Entre los perjudicados se encontraba una mujer con un bebe en sus brazos, era la más agresiva de cuantos hacían el reclamo, y en un momento de confusión, esta señora se acercó al Abogado responsable de este gran engaño, y sin mediar palabra, alzó la mano y le estampó un sonoro golpe en la cara. La reacción del guardaespaldas del Abogado fue inmediata y salvaje, empujando a la señora de forma tan fuerte y descomedida, que la señora cayó soltando al niño y golpeándose la cabeza en el filo de uno de los escritorios. Mi padre de un salto atacó al imprudente "guarura" quien, esquivando la pesada embestida, alcanzó a conectar un zendo golpe de derecha en el oído de mi padre, que se desplomó por unos instantes. Al levantarse traía el arma desenfundada, y sin darle tiempo a su colega de defenderse, le acertó dos tiros en el pecho, mientras la gente corría desaforada escaleras abajo. Luego sin pensarlo volvió abrir fuego, ahora contra el Abogado estafador, que trató de esconderse en el baño, desplomándose pesadamente a mitad de camino. Para rematar, entró a la oficina del Dr. Julio que, al ver los acontecimientos en el pasillo a través del vidrio de su oficina, le recibió a tiros. La constitución corpulenta de mi padre le mantuvo en pie, y alcanzó a disparar el resto del cargador de su automática en la humanidad del Dr. Julio, antes de desvanecerse.

Antonio Federico Ulloa, como se llama mi progenitor, despertó y se encontró atado de brazos y piernas a una cama para pacientes especiales y violentos. Cerca tanques de oxígeno y máquinas que monitoreaban la presión arterial; en el tórax varias vendas cubrían las heridas, y en los brazos clavadas las agujas de los sueros entrando a sus venas. No podía articular palabra, solamente sus ojos desmesuradamente abiertos decían algo que ya no tenía sentido decirlo.

Al morir el Dr. Julio apareció la exesposa con sus hijos, que por derecho eran herederos, además de muchos parientes desconocidos. El Abogado de confianza del finado, se puso al frente del finiquito de las propiedades societarias y cuentas bancarias mancomunadas; las inversiones del grupo empresarial del cual el Dr. Julio fue presidente quedaron en mis manos, con la orden de no dar a conocer el costo real de sus acciones. En la sesión de Directorio se presentó un acta notariada judicialmente, posiblemente falsa, donde el difunto dejaba un porcentaje mayoritario a la Empresa representada ahora por sus socios. A los hijos, a más de las pólizas de vida, el bufete se encargó de asignarles una cantidad de siete dígitos, con la idea de que no les falte nada hasta la mayoría de edad, que en poco tiempo más cumplirán. Mi padre después de haber sido sentenciado a 45 años de prisión, fue trasladado a esta casa de salud mental llamada "Hogar de Peregrinos", donde con medios recuerdos, drogado y en sosiego, pasa en el jardín leyendo cómodamente el periódico del día. Por mi parte después del suceso, y de haber enterrado al siempre

recordado Dr. Julio Román, tuve que cuadrar todas sus cuentas, muchas de las cuales se hallaban fuera del país, y otras que ni sus socios sabían que existían. En mi calidad de Administrador y Contador General de los bienes del Dr. Julio, para evitar que queden dineros dispersos, puse todo el efectivo que estaba a nombre de testaferros, en mi cuenta personal de las Islas Caimán. Ahora estamos disfrutando de mi luna de miel, aquí en Nassau, tierra de antiguos piratas, acompañados de mi madre, a quien sorprendí el otro día con una foto del Dr. Julio, comparándola con la que tomaron en mi graduación.